DON FADRIQUE DE GUZMAN.

Drama en cinco actos y en verso, original de D. Antonio Mendoza, *para representarse en Madrid el año de* 1850.

PERSONAGES.

Don Pedro el Cruel.
Don Fadrique de Guzman.
Don Enrique de Guzman.
Don Alonso de Alburquerque.
Don Gutierre.
Doña Blanca.
Nuña.
La Abadesa.

Un verdugo, pages, jueces, soldados, Monjas, pueblo.

La accion en Sevilla. Siglo XIV.

ACTO PRIMERO.

Salon en el alcázar de Sevilla, puerta al fondo y laterales en primer término, con balcon á la derecha en segundo, y una puerta secreta á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Don Pedro y Gutierre.

Ped. Traicion odiosa, por cierto,
que pagará, os lo aseguro.
Gut. Se encuentran en grande apuro,
y yo á la verdad, no acierto
de libertarlos el modo.
Ped. Reforzándolos.
Gut. Lo están.
Ped. Y mi intento cumplirán?
Gut. Sabrán arriesgarlo todo.
Ped. Está muy bien, prontamente
ese vil que me ultrajó,
verá que aun no me rindió
y que es inútil lo intente.
En cuanto á esos esforzados
que cumpliendo mis deseos
defienden los Perineos,
serán por mi amor premiados
si á Duguesclin y á su gente
no dan en Castilla entrada,
y con alma denodada
burlan su plan insolente.
Gut. Asi lo harán.
Ped. Está bien.
Gut. Aunque el francés se desmanda,
morirán si se les manda.
Ped. Doyme en ello el parabien.
La guerra pues olvidemos,
y del asunto pendiente,
Gutierre, hablad prontamente
y á Trastamara dejemos.
¿Conseguisteis?..
Gut. Mis anhelos
logrados están, señor;
pronto gozareis su amor
si nos ayudan los cielos.
Ped. Que escucho, Gutierre amigo!
Gozaré al fin mi pasion,
realizaré esta ilusion
que marcha do quier conmigo?
Gut. Dejadme continuar.
Como mandásteis ha dias,
no han dejado mis espias
con precaucion de rondar
el convento, donde mora
el ángel que os ha prendado.
Ped. Y di, ¿qué han averiguado?
Gut. Os lo esplicaré.
Ped. En buen hora.
Gut. En primer lugar, señor,
con astucia á la tornera
le preguntaron, quién era
aquel portento de amor.
Prometioles que diria
lo que á saber alcanzaba,
y es, que en aquel claustro estaba
tres lustros ya, pues un dia
una muger la entregó
á la abadesa, llorando,
y esta, su pena mirando
cariñosa la acojió,

guardando cuidosamente
un pergamino cerrado
que á su cuello iba colgado.
PED. Crece mi pasion vehemente,
Gutierre, con tal misterio...
GUT. Desde entonces ha pasado
sus años en el sagrado
recinto del monasterio,
y eso es todo. Pero yo
en acechar insisti,
y ver al fin conseguí,
como mi pecho anhelú,
que un gallardo caballero
con prevision estremada,
entra en su celda sagrada.
PED. Será su amante?
GUT. Lo infiero.
PED. Y el modo hais averiguado
de entrar en ella?
GUT. Si á fé;
si quereis os lo diré,
pues que me informó un criado
que protege su osadía;
yo mandé que le apresáran...
PED. Oh! si los cielos me amparan,
Gutierre, por vida mia
que en la celda de mi amada
esta noche me he de ver.
GUT. Decidme como ha de ser,
porque es empresa arriesgada...
PED. No pudiera ser entrar
como entra el necio amador?
Decid.
GUT. Si puede, señor.
PED. Pues lo voy á egecutar;
que os parece?
GUT. Bien, mas ved...
PED. Nada, ya está meditado;
que esté todo preparado.
Cuando es la cita?
GUT. A las diez.
PED. Pues á las nueve partir
sin demora alguna intento.
GUT. Ved que no es ese el momento
en que suele el galan ir.
PED. No importa, haced lo que os digo;
pues llegando antes mi afan,
cuando allí vaya el galan
tendré la jóven conmigo.
Entendeis?
GUT. Muy bien.
PED. Y asi
que esté todo preparado,
avisadme de contado
en mi estancia. Espero allí!

ESCENA II.

DON ENRIQUE *y* DON ALONSO *por la puerta secreta.*

ENR. Es este el sitio?
ALON. Si á fé.
Aquí vendrá vuestro hermano
Fadrique, y si habeis de hablarle
os ocultareis en tanto.
ENR. Don Alonso, yo estimo
el favor de vuestro amparo.
ALON. Favor? Os equivocais,
soy vuestro humilde vasallo,
y hago solo mi deber
en cumplir vuestro mandato.
ENR. En fin, tras de afan prolijo
y de peligro estremado,
penetré donde algun dia
me he de ver cual soberano.
¿Y por qué lo arrostré todo?
Por qué atrevido, esforzado,
en Sevilla me detengo?
Solo por ver á mi hermano
puede costarme la vida,
mas si le traigo á mi bando,
qué me importa perecer?
Moriré ó he de lograrlo.
ALON. Tanto le amais?
ENR. Alburquerque,
me preguntais si le amo?
No sabeis que nuestra suerte
fué siempre igual, que arrostramos
unidos el infortunio
sin hasta ahora separarnos,
y que forman nuestras almas
una sola en dos pedazos?
ALON. Pues si tanto os adorais,
¿por qué el uno al soberano
sirve con tenaz empeño,
y el otro se alza anhelando
la muerte del mismo rey
por el cual lidia su hermano?
ENR. Porque él halla su deber
en defenderle esforzado,
aunque como yo le odia,
y porque yo vengar ansio
de mis hermanos y madre
el tormento y fin aciago.
Podré aquí ser descubierto?
ALON. No temais, que yo os amparo.
Al mas pequeño ruido
podeis al punto marcharos
por la puerta que hasta aquí
os ha abierto libre paso;
y lo propio os mostraré
otras mil, de las que guardo
las llaves, y que labradas
fueron por el rey hace años,
para ir á sus aventuras
sin que fuera vigilado;
mas yo que le acompañaba
y que era su secretario,
las conozco como él mismo;
podeis estar descansado.
ENR. Está bien. Pues escuchad.
Necesito vuestro amparo
para un asunto importante.
ALON. Ya sabeis lo mucho que ansio...
ENR. Vos no ignorais la ventura
por la que me vi obligado
á alejarme de la corte.
ALON. Sé que amabais insensato
á una belleza, que el rey
sedujo vil é inhumano,
que contra él os rebelasteis,
y á ella la mató el quebranto,
dejando solo una hija
fruto del crimen nefando
del Rey; que este quiso hallarla,
pues la amaba entusiasmado
como aun la ama; pero vos
de vuestra madre al cuidado
la encomendasteis, y que luego

que ella muriò, ha quince años,
nadie supo de la niña.
ENR. Oid! Cuando ese villano
que ciñe la real corona,
en su venganza obcecado
quitò la vida á mi madre,
indagué afanoso y cauto
el sitio donde la niña
se hallaba; pero fue en vano.
Don Pedro por estinguir
la prueba de su tiránico
proceder, querrá encontrarla
para...
ALON. Estais equivocado.
Si algun amor en su pecho
hay, es el de ese ángel cándido.
ENR. Nunca lo hubiese creido,
que amor en él es estraño.
En fin, por un confidente
de mi madre, hoy he logrado
traslucir alguna cosa,
porque le fiò este arcano
antes de morir.
ALON. Y bien?
ENR. Necesito vuestro amparo
para que vos, que podeis
libremente obrar, los datos
precisos para encontrarla
me deis.
ALON. Seré vuestro esclavo.
ENR. Sé que al morir la entregó
mi madre al leal cuidado
de una camarera suya,
con el preciso mandato
de si querian quitársela,
depositarla en un claustro.
Ignoro si asi lo haria,
mas si por dicha la hallo
y llego á triunfar, mi trono
dividirá, pues la amo
con la pasion que á su madre.
ALON. Será asi. (*se oyen vivas dentro.*)
Mas ya ha llegado
Fadrique, y viene seguido
de un gran gentio. Ocultaos.
ENR. Tanto le aman?
ALON. Con estremo.
ENR. Oh! lo celebro. Si alcanzo
atraerle á mi partido
puedo decir que he triunfado. (*vanse.*)

ESCENA III.

DON FADRIQUE, *figurando hablar con los que le siguen, y despues* DON ENRIQUE *y* ALONSO.

FAD. Vuestros vivas en mi pecho
alcanzan lugar tan alto,
que siempre en él quedarán
hasta la muerte grabados.
Ah! que sirven los honores
cuando es uno desgraciado?
ALON. Solo está, salid y habladle,
que aqui, señor, os aguardo.
ENR. Don Fadrique?
FAD. Quién me llama?
ENR. Un infeliz agobiado
de desdichas, y que anhela
vuestro generoso amparo.
FAD. Y por qué el rostro ocultais?
ENR. Es que importa no mostrarlo
sino á vos, y estando solo.
FAD. Solo estoy.
ENR. Pues bien, miradlo. (*se desemboza.*)
FAD. Mi hermano, cielo santo!
ENR. Si, Fadrique,
tu hermano cariñoso,
tu hermano que proscripto y oprimido
por un rey asesino y rencoroso,
viene á llorar contigo perseguido.
FAD. Bien puedes en mi seno muellemente
reclinar tu cabeza desdichada.
Cuántas veces tu imágen tristemente
en ensueños fugaces vi evocada!
Siempre, Enrique, te tuve amor ardiente!
Nacidos á llorar, ambos vivimos
sin disfrutar un hora de ventura,
y un destino terrible obedeciendo,
que al fin nos llevará á la sepultura.
ENR. No es dificil pensar quien el primero
yacerá en el olvido sepultado;
armado en mi rededor lazo certero
en él es facil caiga aprisionado.
Escúchame, Fadrique; estos momentos
pueden costarme acaso la existencia.
Quieres unirte á mi? La Andalucia
me proclama su rey; Francia me ampara,
Aragon y Navarra me son fieles,
y una guerra promueve mi osadia
do puedes alcanzar muchos laureles.
Abandona ese rey; jamás tu espada
de tu madre al verdugo le consagres,
sangre en tus venas hay nunca manchada,
y defender no debes á un villano
cuya gloria es no mas el ser tirano.
Qué resuelves?
FAD. Enrique, oye un instante,
porque desoigo tu clamor heróico.
Delante de mi padre agonizante
juré solemnemente,
rebelde nunca ser, y del monarca
respetar el poder, aunque sangriento.
ENR. Lo has resuelto, Fadrique?
FAD. Firmemente.
ENR. Y me abandonas? Ah!
FAD. Mi juramento
me obliga á rechazar tu pensamiento.
ENR. Tu juramento? No. Di los favores
que esperas alcanzar del soberano.
¿Piensas te premiará tanto servicio?
FAD. El corazon me rasgas cruelmente!
Me acusas de ese modo
cuando fiero dolor mi pecho siente,
y lidiar á tu lado en la pelea
solo es el bien que el corazon desea.
Conoce mi existir; tú eres amado
de numeroso egército; su gefe
te llama entusiasmado,
y si protege Dios tu justo encono,
el mundo te verá en un alto trono.
Yo el capricho obedezco de un tirano,
y soy pagado si besar su mano
me permite orgulloso,
y acato su poder, poder odioso.
Mi corazon es grande, y esta vida
no le conviene á mi teson gigante;
y si necio mi ardor no contuviese
en el mundo mi esfuerzo eterno fuera.
Juzga si sufriré; mil y mil veces

quebrantar intenté tan fiero yugo,
no hallando á mi infortunio resistencia;
mas lo juré á mi padre, he de cumplirlo,
y si perezco, en fin, por conseguirlo,
habrá sido de un mártir mi existencia.

ENR. Ven á mis brazos, ven; llanto mis ojos
derraman al mirar tanto heroismo;
y yo te osé culpar, causarte enojos?
Perdóname, Fadrique.

FAD. Alzate, hermano,
no me humilles asi; los dos nacimos
en hora desgraciada; ambos sufrimos.

ENR. Te miro desgraciado, pero nunca
como yo lo serás, porque en el seno
de alguna muger bella, tu infortunio
podrá menos mirarse amortiguado.
Amas, no es cierto?

FAD. Si; por mi consuelo
una jóven hallé, que hermosa y cándida
es compendio del alto y puro cielo.
En un convento mora, y cada dia
vuelo á esplicarla mi pasion sincera,
con astucia venciendo los obstáculos
que me separan de ella. Y si Dios quiere
benigno siendo á nuestro amor sagrado,
de esposa la daré nombre adorado.

ERE. Dios corone tu afan; mas parte luego
no me descubran y mi plan se fustre.
A Dios, hermano, á Dios. (*vase.*)

FAD. Sigue tu senda,
y el Hacedor supremo te defienda.

ESCENA IV.

DON FADRIQUE, *despues* DON PEDRO.

Bien sabe Dios que mi amor
con placer te consagrára,
mas quiere mi suerte avara
que yo combata tu ardor.
El rey se acerca; cuidemos
de no incurrir en su enojo,
aunque no tiemblo su arrojo.
Aqui está. Disimulemos

PED. Os esperaba, Fadrique, (*saliendo.*)
con ansiedad...

FAD. Gran señor...

PED. Tomar asiento es mejor,
y que mi anhelo os esplique
aguardad...

FAD. Como querais...
(Disimula su rencor.)

PED. Voy á hablaros de mi amor,
á ver si en ello gozais.

FAD. De la Padilla?

PED. No á fé.
Son otros nuevos amores
de goces encantadores,
y que esplicaros no sé.
Tal fuego no habeis sentido?

FAD. Nunca, señor.

PED. Es estraño!

FAD. Sé que fuera por mi daño,
y de amar me he retraido.
Mas decidme, esa hermosura,
en qué parte habeis hallado?
En qué sitio afortunado
encontrasteis tal ventura?

PED. Sin duda os asombrareis
cuando os lo diga mi acento.

FAD. No por cierto.

PED. En un convento.

FAD. (Cielo santo!)

PED. Qué teneis?

FAD. Nada, señor.

PED. La enamora
un jóven, segun entiendo.

FAD. (El corazon me está hiriendo
una sospecha traidora.)

PED. Mi gente tuve apostada,
y dicen que el tal galan
llega, sobre un alazan,
á una hora señalada,
y orgulloso de su gloria
entra en el claustro, siguiendo
á una dueña...

FAD. (Está diciendo
punto por punto mi historia.)
Y ella es bella?

PED. Cual ninguna.

FAD. Jóven?

PED. Tres lustros y un año.

FAD. Su nombre?

PED. Blanca.

FAD. (Mi daño
es cierto, sin duda alguna!)

REY. Os sentis malo?

FAD. Un vahido.
(Cielos! por él adorada!)
¿Y esa su estancia sagrada
como há nombre?

PED. En el olvido
lo tengo; y á mas, es mucha
confianza, basta ya.

FAD. Y vuestro amor logrará...

PED. Ella es jóven, no está ducha
en el amor, y en mi mano
al verse, lo lograré...

FAD. Vais á robarla?

PED. Si á fé.

FAD. Y no os parece villano...
tal rapto?

PED. No, mas si vos
de ese modo lo entendeis,
fácil será que logreis
que renuncie. (*con ironia.*)

FAD. Si por Dios.
No veis cuanto sufrirá
esa jóven desdichada,
al verse asi arrebatada
de su asilo?

PED. Basta ya.
Cuando reprenderme osais
con esa necia arrogancia,
sin duda que mi constancia
en amores ignorais.

ESCENA V.

Los mismos, GUTIERRE.

PED. Qué hay, Gutierre?

GUT. Todo está!
y van á sonar las nueve. (*bajo al rey.*)

PED. Fuiste en disponerlo breve.

FAD. Cielo santo, si será...

PED. Vete, que en breve te sigo. (*vase Gutierre.*
A Dios, Fadrique, me alejo.

FAD. Si os ofendió mi consejo...

PED. No por cierto, eres mi amigo;

mas aprende que á fustrar
mi plan es insuficiente,
cuanto en su contra se intente,
y que yo no sé cejar. (*vase el rey.*)

ESCENA VI.

DON FADRIQUE, *despues* GASTON.

Cielos! si mi corazon
habrá mi pena acertado!
Pronto lo veré aclarado,
no nos tardemos... Gaston!
GAS. Qué mandais? (*saliendo.*)
FAD. Vé sin demora,
mi mejor caballo ensilla.
GAS. Nos partimos de Sevilla?
Donde vamos?
FAD. Donde mora
mi amada.
GAS. (Qué escucho! cielo!)
FAD. Que te detiene, menguado?
GAS. Es que un lance desdichado
por vos, gran señor, recelo.
Ya no es tiempo de callar.
La última noche que fuisteis,
sin duda imprudente hicisteis
vuestra entrada reparar,
á unos hombres que acechaban,
puesto que me amenazaron,
y asesinarme intentaron
si informarse no lograban.
Poseido de temor
cuanto quisieron conté...
FAD. Cobarde! Bien recelé
este golpe aterrador.
Esos hombres por el rey
pagados eran, que intenta
llevar á cabo mi afrenta
con su capricho por ley.
Para entrar donde ella habita
de mi seña se valdrá...
pero no lo logrará.
Si tu imprudencia maldita
quieres borrar, al momento
prepárame un alazan,
que llevado por mi afan,
cruce cual un rayo el viento.
En otro tú al par vendrás,
y conmigo combatiendo
mis designios, defendiendo
tu bajeza pagarás.
Corta es, Gaston, tu esperanza,
pues si es mi anhelo fustrado,
pronto seré consolado
tomando de ti venganza. (*vanse los dos.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Celda de doña Blanca: puerta al foro y ventana á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLANCA *y* NUÑA.

NUÑA. Por qué, decidme, señora,
tan acongojada estais,
y del pecho no arrojais
esa pena que os devora?
BLAN. Es que, Nuña, cada dia
acrece mas mi impaciencia,
y maldigo la inclemencia
de mi desventura impia.
Es que la vista quisiera
tener grabada en Sevilla,
es que el astro poco brilla
de ventura placentera.
NUÑA. Os comprendo. Vuestro duelo
es que no está aqui Fadrique,
mas poned al dolor dique
y amenguad ese desvelo.
Ha poco el sol se ocultó;
las ocho apenas serán.
BLAN. Siglos son para mi afan
los instantes.
NUÑA. No faltó
ninguna noche, señora;
por qué lo recelais hoy?..
BLAN. No sé, mas temiendo estoy
una desgracia...
NUÑA. Os adora
con tan vehemente pasion,
que nunca os podrá olvidar,
y no debeis recelar
que mude su corazon.
BLAN. Ah! si su amor se estinguiera
cual fuera mi sentimiento!
En un perpétuo tormento
mi existencia consumiera.
Es Fadrique mi ilusion
desde el dia que le vi,
y cuando él se encuentra aqui
es el cielo esta mansion.
Entre la corte brillante
que á don Pedro circuia
aquel venturoso dia
en que se llamó mi amante,
y en que el rey á visitar
vino esta santa mansion,
solo él pudo mi atencion
y mis miradas fijar.
Entonces mi pecho hirió
con un amor sacrosanto;
y le adoro tanto, tanto
que ni aun sé esplicarlo yo!
NUÑA. Tambien, señora, su pecho
abriga tan tierno ardor,
y por su gracia y primor
tiene á esa pasion derecho.
El con fuerte bizarria
los peligros burla ufano,
y por besar vuestra mano
aqui viene cada dia.
Nada á su paso se opone,
todo lo vence arrogante,
y por ver vuestro semblante
á que riesgos no se espone?
¿Si aqui alguno le encontrára
viendo que quiebra la ley,
y á noticias de su rey,
por desventura llegára,
no le causára la muerte
su audacia desesperada?
BLAN. Es cierto, mas, Nuña amada,
no es facil tan triste suerte,
que el rey le perdonaria.

NUÑA. No, que perdonar no sabe.
BLAN. Tanta maldad en él cabe?
NUÑA. Su alma es sangrienta é impia.
El cielo de él os liberte
cual mi corazon lo ansia.
BLAN. Dios te escuche, Nuña mia,
porque es librar de la muerte.
Entre ella y mi deshonor
no es dificil elegir;
pudiera hacerme morir,
mas muriera con mi honor.
En este claustro encerrada
desde mi infancia dichosa,
he vivido venturosa
sin ser del mundo acosada.
Poco es lo que de él comprendo,
pero alumbró mi razun,
mi cándido corazon,
y te diré lo que entiendo
por honor. Es el conjunto
de la fé mas pura y santa,
él nuestro semblante encanta;
con él lo bello vá junto.
Al que vive sin honor
no le alhaga la mañana,
ni la flor le dá galana
sus aromas y esplendor.
No le sonrie la aurora;
es planta en la tierra estraña,
y ni el rocio le baña,
ni el sol su rostro colora.
Su entendimiento no alumbra
las luces de la razon,
y de la empirea mansion
las venturas no vislumbra.
No está unido al Hacedor
con indisolubles lazos,
y á dónde tiende sus brazos
solo halla abrojos, dolor;
que cruza el mar de la vida
en un frágil barquichuelo,
sin el amparo del cielo,
con el crimen por egida,
hasta que feroz tormenta
su bagel confunde airada,
y en las hondas sepultada
queda su vida de afrenta.
NUÑA. Doña Blanca, habeis razon;
es el honor muy sagrado,
y al menor soplo es ajado
y huye de él la perfeccion...
BLAN. Mucho el mio me interesa,
y guardarle es mi deseo.
NUÑA. Disimulad, porque creo
que se acerca la abadesa.
Aqui está.

ESCENA III.

Las mismas, la ABADESA.

ABA. Blanca, en buen hora
os hallo fuera del lecho;
quiero hablaros largamente
y rasgar el denso velo,
que de vuestra vista oculta
vuestra entrada en el convento.
BLAN. Hablad, señora.
ABA. Vos, Nuña,
retiraos.
NUÑA. Obedezco. (*vase.*)
ABA. Mañana hará quince años
que os trajo aqui con misterio,
una muger, encargando
se os educára en secreto,
y se alejó, de amargura
dando muestras.
BLAN. Santos cielos!
Quizá seria mi madre!
ABA. Os encontramos al cuello
un pergamino cerrado
y sellado con esmero,
de un buen collar de brillantes
de mucho valor suspenso.
En el sello se encargaba
guardar sobre él gran misterio,
hasta cumplir quince años
de morar en este templo;
mañana espiran, tomad;
vos sola podeis romperlo,
y del quizá lograreis
saber vuestro nacimiento.
Libre sois en elegir
vuestra vida, y yo os ofrezco
por mi, que sea cual fuere
cumpliré vuestro deseo.
BLAN. Está bien, madre abadesa,
mañana las dos leeremos
cuál ha sido mi pasado,
y si por dicha comprendo
quiénes son los que me han dado
el ser, su mandato espreso
os juro que cumpliré.
ABA. Eso debe vuestro afecto
hacer; á mas, que esta vida
pura como la del cielo,
si os mandan seguir, hará
que sin nefandos deseos
desliceis vuestra existencia
entre paraisos bellos.
Vuestro noble corazon
sepultado en este estrecho
recinto, no puede haber
sentido el ardiente fuego
de las pasiones; dichoso
beneficio.
BLAN. Si por cierto.
Aqui las felices horas
y los fugaces momentos
de mi infancia, han transcurrido,
y aqui ha brotado el afecto
á las máximas divinas
del que rige el firmamento.
ABA. Celebro que asi penseis,
y pues que ya ese secreto
os he revelado, voyme
á presenciar como debo
los oficios, que esta noche
se celebran en el templo.
Asistireis?
BLAN. Dispensadme,
pero muy débil me encuentro,
y han de ser largos. Aqui
rogaré lo mismo al cielo.
ABA. Teneis razon. Si os sentis
indispuesta, en el momento
llamad, que al menor ruido
sin demora acudiremos.
BLAN. Y qué, no me dais la mano?
ABA. Si, tomadla, y el Eterno,

hija querida, os liberte
en este mundo de riesgos. (*vase.*)

ESCENA IV.

BLANCA y NUÑA.

BLAN. Nuña, ven; ponte al instante
en la ventana de acecho.
NUÑA. Voy al punto, que las nueve
no tardarán, y debemos
prevenirnos, porque suele
adelantarse.
BLAN. Vé luego. (*Nuña se dirige á la ventana.*)
He aqui mi herencia no mas;
de aqui pende mi destino,
pues tú, pobre pergamino,
mi rumbo me marcarás.
Acaso me mostrarás
que de criminal union
se formó mi corazon,
y que á ella debo el vivir,
mas que importa si á estinguir
no me obligas mi pasion.
Si un delito cometiste,
madre mia al darme el ser,
si á un continuo padecer
tu existencia concluiste,
y tanto pesar sufriste
que te asesinó el dolor,
protege mi santo ardor,
su fuego conocerás,
y en el cielo evitarás
que me pierda tanto amor.
NUÑA. Señora, la seña. (*se oyen dentro dos palmadas.*)
BLAN. Vé,
y ábrele luego la entrada,
corre. Mi pena calmada (*vase Nuña.*)
se mira al oir que su pié
huella esta casa sagrada
Ya se escuchan sus pisadas
que mitigan mi quebranto!
Oh! que leves, que pausadas
y cual por mi son ansiadas!
Ya está aqui. No es él! Dios santo!

ESCENA V.

BLANCA, DON PEDRO.

PED. No es él. mi Blanca querida,
no es el galan que esperais,
otro es, cuya enaltecida
fé, accion tan atrevida
le ha inspirado. Qué, temblais?
Desechad ese temor;
si el que está en vuestra presencia
no vence al otro en primor,
le supera en la vehemencia
de su inestinguible ardor.
Por vos su poder humilla;
astuto penetra aqui,
y arrostra peligros, si,
en alas de fé sencilla
por calmar su frenesí.
Alza tu cuello nevado
al ver que con tal instancia,
se mira á tus pies postrado,
el con firme arrogancia
rige el castellano estado.
Si alhaga á tu corazon,
sabe que el que hoy te se humilla,
pidiéndote en su afliccion
que le premies su pasion,
es don Pedro de Castilla!
BLAN. En esta estancia encerrada
mi asombro era sin segundo,
cuando escuchaba pasmada,
que con vuestra furia airada
pabor causábais al mundo.
Pensaba haceros ultrage
al creer que erais un hombre
superior solo en linage,
mas oyendo tal lenguage
desmiento vuestro renombre.
¿Cómo habeis entrado aqui,
decid?
PED. No existe un camino
para llegar hasta ti?..
BLAN. Ah! por mi mal lo adivino;
espias sin duda...
PED. Si.
Gente por mi asalariada,
y que á mi mandato está,
descubrieron esta entrada,
solo de un jóven usada
que esta noche no vendrá.
Tu dueña á abrirme salió,
sorprendida fue por mi,
y con la gente quedó
que en el claustro dejé yo
antes de entrar hasta aqui.
Mas no quiero prolongar
en mengua de tu decoro
mi estancia, voy á marchar,
mas tú me has de acompañar;
si, Blanca, porque te adoro.
Abandona esta clausura;
una corte hay en Sevilla
donde puedes tu hermosura
y tu grata donosura
hacer brillar sin mancilla.
Esa corte de infanzones
á tus pies se postrará,
si se unen nuestras pasiones,
y tu órden acatará
mi reino con mis legiones.
Nadie eclipsará en Castilla
tus galas y poderio,
tuyo será cuanto es mio,
y hasta la misma Padilla
acatará tu albedrio.
Pocas cual tú me han oido
demandándoles la paz,
y siempre lo he conseguido,
pero me inspira tu faz
un amor que no he sentido.
Libre puedes escoger,
á tu eleccion no me opongo,
pero debes conocer,
que cuando un plan me propongo
nunca sé retroceder
Mi gente cerca me espera,
nada te puede amparar.
BLAN. Oh! Dios, mi desdicha fiera
por qué os plugo asi aumentar?
Esto es sueño ó es quimera?
PED. Blanca, acepta mi pasion.
BLAN. Nunca, nunca lograreis
que os rinda mi corazon;

primero me matareis,
firme es mi resolucion.
Estimo en mucho mi honor
para verle marchitado,
y premiar yo vuestro amor
es dejarle mancillado
y perdido su esplendor.
Dejadme en esta clausura;
en la corte de Sevilla
mas se ajára mi hermosura,
y en esta morada, pura,
sin crimen ninguno brilla.
Esa corte de infanzones
que á mis pies se postrará
si se unen nuestras pasiones,
mas placer no me dará
que mis santas oraciones.
¿Qué me importa que Castilla
acate mi poderio,
y que la misma Padilla
envidie el esplendor mio,
cuando ese esplendor me humilla?
Decis que no habeis pedido
nunca con tal humildad,
mas puesto que os he infundido
amor, que no habeis sentido,
dejadme en mi soledad.
No me es posible escoger,
y cuando tanto me opongo,
podreis, señor, conocer
que cuando un fin me propongo,
tampoco sé yo ceder.
Jamás obtendreis mi amor;
desistid de vuestro empeño,
que vos no podeis, señor,
en pecho que tiene dueño
inspirar un torpe ardor.
Bien sabeis que hay un mancebo
que impera en mi corazon,
y que si á rehusar me atrevo,
es porque en mi seno llevo
con orgullo su pasion.
Y tal será su constancia,
y tanto su amor le abona,
que si á mis pies con instancia
pusierais vuestra corona,
igual fuera mi arrogancia.
¿Y qué mas? Si el firmamento
me estuviera reservado,
lo renunciára al momento.
si Fadrique, mi adorado,
no hallaba en él un asiento!

PED. Fadrique! Rayos del cielo!
¿Fadrique de Guzman?

BLAN. Si.

PED. Siempre burlan mi desvelo
esos viles, pero aqui
yo conseguiré mi anhelo!
El bastardo me pribó
de la hija que yo adoraba,
cuya vista me alhagaba,
ahora me vengaré yo;
desde hoy sois no mas mi esclava.
Conmigo vais á salir,
voy á llamar á mi gente.

BLAN. Antes me vereis morir;
nunca podreis conseguir
que vuestra pasion me afrente.

PED. Seguidme al punto.

BLAN. Favor.

PED. Inútil es que griteis,
de fuerza ó grado vendreis.

BLAN. Ah, piedad! (*se oye dentro ruido de armas.*)

PED. Mas que rumor...

BLAN. Quizá Fadrique... Lo veis?

ESCENA VI.

Los mismos, FADRIQUE *lidiando contra* GUTIERRE *y soldados; despues voces dentro y salen la* ABADESA *y monjas.*

FAD. No me impedireis entrar.

BLAN. Fadrique, socorro. (*corriendo á sus brazos.*)

PED. Y qué?
Quién á él le puede amparar?

FAD. Mi acero. Te salvaré,
Blanca, ó veránme espirar.

PED. Desarmadle! A él! Vive Dios!

VOCES. (*dentro.*) Socorro, traicion.

FAD. (*lo desarman.*) Villanos.

PED. Blanca, ya estás en mis manos.

BLAN. Asesinadme por Dios.

FAD. Guzad en el triunfo ufano.
Ah! quitadme la existencia
y en ello sereis humano.
¿Asi pagais mi obediencia?
No el cruel, sino el villano,
el traidor, sois.

GUT. Que insolencia!

PED. Conducidle á una prision.
El tribunal juzgará
su crimen y su traicion.

BLAN. Y cuál su suerte será?

PED. La muerte.

BLAN. Oh Dios! Compasion.

PED. A palacio con los dos.

FAD. La muerte! Bien, no me arredro.

PED. Marchemos. Conmigo vos. (*á Blanca.*)

ABA. Tened. En nombre de Dios (*saliendo con las monjas.*)
Quién sois vos?

PED. El Rey!

TODAS. Don Pedro!

(*se apartan con respeto dejando paso al rey que sale con doña Blanca. A Fadrique se lo llevan Gutierre y los soldados.*)

ACTO TERCERO.

Salon del palacio: rompimiento al foro, puertas laterales; la de la izquierda secreta.

ESCENA PRIMERA.

DON ALONSO, DON ENRIQUE *que sale por la puerta secreta.*

ALON. Salid, salid, solo estoy!

ENR. Ya con ansia lo anhelaba.
¿Han sentenciado á Fadrique?

ALON. Si señor. La voz del alma
han sofocado sus jueces,
y atendiendo á las instancias
de don Pedro, su sentencia
han firmado!

ENR. Accion villana.

ALON. Debeis, señor, no acusarles;
bien hacerlo reusaban,
y su inocencia acogian,
mas la cólera inhumana
del rey, les hizo patente

que su desgracia causaban
sin librarle, puesto que él
lograria su venganza.
ENR. Tirano rey!
ALON. Todos piensan
venir y echarse á las plantas
de don Pedro, y suplicarle
que aplaque su furia insana.
Nada lograrán, lo fio,
y han de ser mármol sus almas,
si al ver marchar al cadalso
á Fadrique, no se alzan,
y del verdugo le libran
con valor y con audacia.
ENR. Gracias, Alonso, yo solo,
si ellos, viles, no le amparan,
su vida salvaré osado.
Pocos soldados atajan
al valiente Duguesclain,
y su valerosa espada,
con su numerosa hueste,
realizará mi esperanza.
ALON. Dios lo quiera; en fatal hora
á don Pedro diò compaña
Fadrique, cuando los claustros
fué á recorrer.
ENR. Y esa Blanca
que es la causa de su muerte?..
ALON. Oh! no intenteis acusarla.
Mas que él padece; su seno
un dolor mudo desgarra,
y aun de su triste razon
parece es abandonada.
ENR. Será hermosa?
ALON. Como un ángel,
y cual ellos tambien cándida.
Oh! si supierais su historia
vos, como todos la amarais.
ENR. Feroz don Pedro, tu huella
por do quier dolor estampa.
ALON. El sale. Ocultaos, señor,
yo voy la noticia infausta
á revelar á los nobles,
y muy pronto en esta sala
me vereis á su cabeza
pedir piedad al monarca.
ENR. Y no pudiera yo entrar
de esa jóven en la estancia,
sin ser visto?
ALON. En el jardin
sé que pudierais hablarla,
pues dá de su habitacion
á aquel sitio una ventana.
ENR. Conducidme...
ALON. Por aqui,
pues otra puerta escusada
nos guiará sin ser notados
hasta alli.
ENR. Pues sin tardanza...
(vanse por la puerta secreta.)

ESCENA II.

El REY, GUTIERRE.

PED. La firmaron?
GUT. Aqui está,
aunque mucho lo rebusaron,
mas al hacerlo esclamaron;
«su muerte se firmará,
no porque delito hallamos
si se respeta la ley,
sino porque plugo al rey
y su mandato acatamos,
aunque injusto.»
PED. Bien está;
llegue yo á hacerlo cumplir,
que lo que puedan decir
poco á fé me importará.
Y se cumplirá, lo fio,
osó conmigo luchar,
y yo á fé me he de vengar
en verle cadáver frio.
Solo un medio de ablandarme
hay en mi fiereza airada,
el que consienta su amada
con presteza en adorarme.
El se libra, y yo consigo
lograr mi constante amor...
GUT. ¿Y no podeis con rigor
ya que no alcanzais amigo...
PED. Nada, Gutierre; se estrella
mi furor en su hermosura,
y con ferocidad dura
nada puedo alcanzar de ella.
Su semblante me fascina,
y con solo una mirada
que me dirija irritada,
ante sus plantas me inclina.
Que al ver su frente nevada,
su pureza y su candor,
recuérdame con dolor
de aquella hija idolatrada.
Como por poder librar
á su amante no se rinda,
á las dichas que me brinda
tendré al fin que renunciar.
¿Quién á mi me lo diria?
Nunca este incendio senti.
GUT. Como! Vuestro orgullo asi
ante ella se humillaria?
El soberano que brilla
sobre el mundo con fiereza,
al ruego de la belleza
su altiva cerviz humilla?
Desechasteis la esperanza
y renunciareis...
PED. Si á fé,
á su amor renunciaré
pero nunca á mi venganza.
Entre su muerte y mi amor
libre se halla de elegir,
y lo que llegue á admitir
lo cumplirá mi furor.
GUT. Hoy intenta la nobleza
demandar, aunque os asombre,
de toda Castilla á nombre
su perdon de vuestra alteza.
En breve deben venir
por don Alonso guiados,
los nobles mas elevados.
PED. No los quiero recibir.
Invariable es la sentencia,
el tribunal la firmó,
y en nombre de él, haré yo
se cumpla su providencia
Y decidme, ¿á qué prision
á Fadrique han conducido?
GUT. Al alcázar le han traido

y encerrado en el salon
está, que al patio vá á dar.
PED. Enviadle un confesor
que le disponga.
GUT. Señor,
á vos os desea hablar,
para pediros sumiso,
si de él os compadeceis,
que benigno le otorgueis
el anhelado permiso
de contemplar á su amada
antes de morir.
PED. Será,
y su anhelo cumplirá.
GUT. Bien. Mandais algo?
PED. No, nada. (*vase Gutierre.*)

ESCENA III.

DON PEDRO, UN PAGE, *despues* DON ALONSO, *seguido de varios nobles.*

PAGE. Señor, los nobles esperan
en esa cámara próxima,
el que os digneis recibirlos.
PED. Anunciadles sin demora,
que me es imposible, page
PAGE. Dicen que mucho os importa,
y que se encuentran resueltos
á hablar con vos.
PED. Enfadosa
obstinacion; que entren luego,
y si mi furia provocan,
hay de ellos, que sin librarle
al precipicio se arrojan.
(*vase el page y salen los nobles y don Alonso.*)
ALON. Señor, á vuestros pies hoy condolida
la nobleza se postra con quebranto,
y os pide que salveis al que fué siempre
modelo insigne del honor preclaro.
Rey os nombró Castilla cuando joven,
despues con sumision os ha acatado,
y siempre que su sangre habeis pedido
la derramó gustosa, por libraros.
Bien merece el perdon que hoy os demanda;
si altanero mancebo os ha ultrajado,
para rescate de su culpa odiosa
hechos en él encontrareis bizarros.
Sus huestes ha llevado á la pelea,
dándoles siempre su valiente brazo
honor y gloria, y en su sien triunfante
altivo colocando invictos lauros.
Cuando su hermano lidia por venceros
y su ayuda eficaz ha reclamado
mil y mil veces; cuando de su espada
ejércitos pendian esforzados,
que hasta el trono si un dia lo anhelára
lo hubieran valerosos conquistado,
siempre os sirvió leal, y vuestro antojo
sumiso obedeció cual buen vasallo.
Su vida os demandamos; necesaria
como la luz la juzga el castellano,
y el amor que le tiene es tan profundo,
cual merecen sus hechos denodados.
Si llega á perecer, de vuestras tropas
á miles se alzarán, y el populacho
aclamará al bastardo, pues su vida
es el sosten del trono y del Estado.
PED. No hay perdon, no! Sublévense en buen hora
contra mi trono aleves insensatos,
que aun cuando el mundo entero me faltase
mi aliento bastará á pulverizarlos.
Decis que me ha servido; ¿y no pudiera
ser su intento alcanzar con tal engaño
mi cariño, y despues herir mi pecho
como ayer intentó llevar á cabo?
Lo he resuelto, señores. De Fadrique
levantando se encuentran el cadalso;
al son de destemplados atambores
mañana á el marchará para ocuparlo.
La ley lo manda asi, ved su sentencia,
el tribunal su muerte ha decretado,
y yo su órden debo hacer se cumpla.
¿Quién osará apelar contra su fallo?
ALON. Vos lo podeis hacer; si han consentido
en decretar su fin, vuestro mandato
á ello les obligó, no porque crimen
para firmar su muerte han encontrado.
Por último, señor, á nuestros ruegos
no resistais tenaz; mirad mi llanto,
es el jóven mas noble de Castilla,
evitadnos un duelo tan amargo!
PED. Es inutil rogar, mas mi corage
y mi furor enciende, el temerario
teson de defenderle en mi presencia.
Si amor le profesais tan estremado,
mañana sobre un túmulo soberbio
su cuerpo sepultad con aparato,
sus honras celebrad, y los honores
tributadle debidos á su rango;
en ellos gozaré; mas su existencia
mañana ha de acabar. Lo he decretado!
ALON. Está muy bien, señor; acataremos
lo que os plugo mandar cual soberano,
mas no nos acuseis, si en algun dia
nuestro pleito homenage retiramos.
El pueblo espera ansioso de nosotros
el perdon de ese jóven noble y bravo;
fallidas al mirar sus esperanzas
se alzará á libertarle ambicionando,
y ved que cuando un pueblo se alza altivo
rueda á sus plantas el dosel mas alto.
PED. Marchad, señores, que si llega el dia
en que me toque perecer, osado,
lo mismo que triunfando, sucumbiendo
sabré mostrar que soy el soberano.
Mas al pueblo decid, que si hoy intenta
quebrantar mi poder, en el cadalso
levantado á Fadrique, sus cabezas
con la de él á la par caerán rodando.
Gutierre! (*vanse Alonso y los nobles, y sale Gutierre.*)
A doña Blanca sin demora
á esta estancia traed, aqui la aguardo.
Esta prueba me resta; si resiste,
(*vase Gutierre.*)
si aun se niega á admitir mi dulce alhago,
cúmplase mi deseo, de ese modo
hago saber al necio populacho,
que nadie puede contrastar mi enojo,
ni de mi ley el invariable fallo.
Aqui viene. Por Dios, con su presencia
cesa mi enojo y mi teson. Finjamos.
GUT. El rey es quien espera. (*saliendo con doña Blanca.*)
BLAN. Me llamabais?
PED. Si, doña Blanca, si. Solos dejadnos.
(*vase Gutierre.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO, DOÑA BLANCA.

BLAN. Aqui me teneis, señor,
resignada y afligida,
á ese poder sometida
que es causa de mi dolor.
PED. Escuchadme.
BLAN. Por favor
no mucho me hagais sufrir,
que no podré resistir
tan acerbo padecer,
y me vereis perecer
y á mi dolor sucumbir.
PED. No intento yo molestaros,
calmar vuestra pena intento,
mitigar el sentimiento
y venturosa tornaros.
No me opongais mas reparos;
¿á qué tanto resistir?
¿Para llorar y sufrir,
pudiendo con mi querer
desterrar el padecer
sin pensar en sucumbir?
Venid, y en una prision
vereis á un mozo esforzado,
cobardemente entregado
á su desesperacion.
Vos podeis su situacion
aliviar, y su sufrir
vos lo podeis conseguir
aceptando mi querer;
pensadlo; de no acceder,
ved que le hago sucumbir.
BLAN. No temo esa intimacion!
Grande es mi tenacidad,
pero premio la lealtad
de su noble corazon.
Reclamo vuestra atencion,
y aunque no temo sufrir,
cuando me llegueis á oir
perdonareis bondadoso,
al que ante Dios es mi esposo,
y no le hareis sucumbir.
Cuando en combate horroso
su fuerte acero blandia,
cuando á sus plantas veia
al alárabe furioso;
cuando su entusiasmo honroso
menospreciaba el morir,
por llegar á conseguir
en prez vuestra la victoria,
no pensó que por tal gloria
le hicierais vos sucumbir.
Cuando hacia por vos fiel
las humilladas banderas
de legiones altaneras
alfombras de su corcel,
y el victorioso laurel
iba su frente á ceñir,
pudo nunca discurrir
que el hombre por quien osado
su sangre daba esforzado,
le hiciera al fin sucumbir!
No; mas lo quereis, sufrámos
los rigores de la suerte!
Ambos en el bien, la muerte
otro tiempo despreciamos,
y acaso hoy, porque miramos
que nos aguarda el sufrir,
no lo hemos de resistir?
No, don Pedro, no ha de ser;
firmes fuimos al placer,
firmes hasta sucumbir!
PED. Doña Blanca, pensadlo largamente;
á muerte sentenciais á vuestro amante,
pudiendo con mi amor dichosamente
evitarle esa suerte en el instante.
Una vez, nada mas, de vuestra boca
que me amais oiga yo, para lograrlo
lo imposible ha de hacer mi pasion loca,
y todo, por mi honor, he de intentarlo.
BLAN. Será inútil, señor; jamás amaros
mi corazon podrá, favor inmenso
juzgad que me resigno á soportaros,
y que os perdone mi dolor intenso.
Ah! pena, mi tormento, y mi amargura,
de todo sois la causa, si, inhumano
me robasteis mi dicha y mi ventura,
y brotan males dó posais la mano.
En mi celda tranquila y silenciosa
yo á Dios mi afecto y mi oblacion rendia,
y me elevaba pura y virtuosa,
y disfrutaba gloria y alegria.
Cuando alzaba mi acento en santo coro,
y á los cielos subia el dulce canto,
entre el incienso de las copas de oro
que en humo débil nos prestaba encanto,
tal era mi placer, tal mi alegria,
al gozar lo que yo creia el cielo,
que con sublime ardor me enaltecia,
y á la gloria lanzaba el libre vuelo.
Por vos desvaneciòse tal ventura,
todo se hundió al abismo, al contemplaros,
y en cambio me quedó, luto, amargura,
ved si tengo derecho para odiaros!
PED. Es cierto; mas pensad que en vez del duelo
que os aflige, yo quise consagraros
cuantas dichas ansiára vuestro anhelo,
y dichosa y feliz á un sólio alzaros.
No es un amor vulgar el que en mi pecho
inspirásteis; voraz, puro y ardiente,
juzgadle nada mas, ved qué se han hecho
mi crueldad, mi teson, tan prontamente?
Os vi, y todo cesó; con vuestro amparo
quizá Castilla entera me amaria,
pues yo de vuestro amor sublime, avaro,
venturas nada mas derramaria.
Blanca, escuchad; me llaman el tirano,
me odia mi pueblo, contra mi conspira
mi propia sangre; mi rebelde hermano
y el mundo entero me consagra su ira.
Ellos la causa son; fuerte y altivo,
humilde me quisieron con la guerra,
y postrarme á sus plantas, cuando vivo,
porque mi nombre tiemblan en la tierra.
Si al empuñar el cetro soberano
mis actos de feroces no tacharon,
si en lugar de llamarme el inhumano
mis actos todos con bondad juzgáran,
quizá el instinto de fiereza insana
en mi seno real no estallaria,
quizá fuera feliz, la castellana
gente que hoy teme la bravura mia.
Pues conservadlo bien allá en la mente;
premiando mi pasion, seré benigno,
mas si seguis odiándome cruelmente,
de un odio tan tenaz bareme digno.

BLAN. ¿Y qué me importa ya? Mi triste amante
á perecer irá firme y osado;
pues él sucumbe por su amor constante,
por el mio será pronto imitado.
PED. Por último, aceptad.
BLAN. No, no me aterro
aunque acabar quisierais mi existencia.
PED. A Gutierre, del principe al encierro
(*á un page que se presenta á la campanilla dándole un pliego.*)
que le vaya á anunciar esa sentencia.
Que lo prepare todo. (*vase el page.*) Y vos, señora,
cuando anuncie el metal su triste muerte,
marchad á vuestro claustro, y en buen hora
sufrid allá vuestra terrible suerte.
BLAN. Teneis razon, me iré; si mi amargura
me permite dejar este recinto,
y en medio de mi horrible desventura
mientras exista mi mundano instinto,
será mi gozo, mi placer colmado
vuestro signo mirar negro y sangriento,
y veros sucumbir desesperado
por la ira del que rige el firmamento.
PED. Miserable!.. Os perdono ese delirio;
quiero ser indulgente en este instante,
pues la razon os turba el cruel martirio
que os causa ese teson tan arrogante.
Hola!
GUT. Señor! (*saliendo.*)
PED. Que lleven á su estancia
á esa muger. Pensadlo largamente.
BLAN. En valde lo esperais. Que mi constancia
no se vence, señor, tan facilmente.
(*vase doña Blanca con un page, á quien don Gutierre dá la órden.*)

ESCENA V.

DON PEDRO, GUTIERRE.

PED. Maldicion sobre mi. Quien á la España
dicta sus leyes y terror inspira,
al pié de una muger mira deshechos
los sueños que formó su fantasia,
y esta muger desprecia su arrogancia,
y esta muger aun con desden le mira!
Venganza, vive Dios! Venganza pide
mi ofendido teson, mi rabia impia,
y la obtendré; perecerá su amante
al peso horrible de mi justa ira,
y gozaré en mirarle frio, inerte,
y de ella con el llanto y la agonia.
Lo preparasteis todo? (*á Gutierre que se adelanta.*)
GUT. Si, don Pedro;
pero escuchad, señor, por vuestra vida;
hacedle perecer ocultamente,
sufra vuestro rigor su furia altiva,
mas no le deis al pueblo ese espectáculo,
ó no responde la persona mia.
Su amor es ya pasion; por don Fadrique
vereis que el populacho se amotina,
y escudado á la par por la nobleza
que apoya su heroismo decidida,
quizá vacile vuestro firme trono
al choque de su indómita osadia.
Salvaros es mi afan; yo os incitaba
á vengaros, mas juro por mi vida,
que ignoraba el furor que con su muerte
cundió veloz entre la pleve altiva.
PED. Os estoy escuchando, y aun lo dudo.
¿Vos tal pabor? ¿Dó está la bizarria
que en las lides mostrasteis valerosa?
¿Esa turba menguada os intimida?
Mis órdenes cumplid; id, yo os lo ordeno.
Quisieron incitar la rabia mia,
que la sufran, por Dios!
GUT. Mas meditadlo...
PED. Meditado está ya.
GUT. Ved que si espira...
PED. Espirará, lo juro.
GUT. Retardadlo al menos.
PED. No por Dios. Ni un solo dia!!
Si se atreven á alzarse, mis soldados
sabrán burlar su necia tentiva,
y si fueran vencidos, si remedio
no encontrára de hollar á la perfidia,
antes de sucumbir, horrendo estrago
mi potente furor derramaria,
y á las llamas sus casas entregando
hasta tornar escombros á Sevilla,
á ejemplo de Neron, entre el incendio
cantára mi placer y mi alegria!!

ACTO CUARTO.

Salon en el palacio real: puerta al foro, otra á la izquierda en primer término, y otra secreta en segundo término: balcon á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE, ALONSO.

ALON. Os esperaba. La visteis?
ENR. Si, y la hablé, gracias á Dios,
que con lo que he descubierto
dichoso por cierto soy.
Mas decidme, hay algo?
ALON. Nada
de estraño. La guarnicion
se ha doblado; por las calles
corre un enjambre feroz
de patrullas, por don Pedro
puestas sin duda.
ENR. El temor
que empieza á abrigar su pecho.
ALON. Pero la fermentacion
está muy bien preparada,
y nada impedirá hoy
que estalle.
ENR. Cuidad, Alonso,
con tino y con precaucion,
que esperen á la señal.
ALON. No tengais miedo, señor.
Al mirar á don Fadrique
ir al cadalso, veloz
cruzará por la ciudad
el grito de salvacion,
y librarán su existencia
llevados de noble ardor.
ENR. Bien; don Pedro está á mi cargo,
y haré, con solo mi voz,
cenizas su poderio.
Duguesclain ya triunfador
en Castilla, ha penetrado,
y él esta sublevacion
ampara...
ALON. Nuestro es el triunfo.
Ya el monarca sucumbió.

ENR. No perdais tiempo, marchad.
Al dar las cuatro el reloj,
se ejecuta la sentencia.
ALON. Las diez apenas no son;
sobra el tiempo. Descuidad,
don Enrique; á Dios.
ENR. A Dios.

ESCENA II.

DON ENRIQUE, DON FADRIQUE.

ENR. Fadrique.
FAD. Eres tú?
ENR. Si, hermano,
que vengo ansioso á ampararte,
á sostenerte, á ayudarte,
contra el odioso tirano.
FAD. Gracias te doy por tu amor;
vienes á verme morir?
ENR. Y tal puedes presumir?
Vengo á prestarte favor.
Vengo osado á libertarte
de los hierros que te oprimen,
y al par con otros que gimen
de horrible muerte á arrancarte.
FAD. Y nada conseguirás
sino morir, por mi bien;
no, abandóname tambien,
salvarme no alcanzarás.
Abandónale al verdugo
esta víctima anhelada,
á otros mil podrá tu espada
librar del nefando yugo.
No me amedrenta el no ser;
nunca por Dios lo temi,
es la muerte para mi
acabar de padecer.
Mi inocente sacrificio
tus planes ayudará,
y asi mi afan prestará
á mi patria un beneficio.
Sepan lo que han de esperar
de monarca tan tirano,
al ver el fin inhumano
á que me osó condenar.
Esa será mi esperanza
al dar mi postrer aliento,
y pereceré contento
esperando mi venganza.
ENR. Ya esperé que tu valor
la muerte despreciaria,
mas anhela el alma mia
hoy alzarte vencedor.
España su idolo amado
en ti mira cariñosa,
y ambiciona valerosa
librarte de un yugo odiado.
FAD. Y qué existe para mi
ya en este mundo engañoso?
Todo en él me es enojoso,
termine mi vida, si.
ENR. Con que huyó de tu memoria
de Blanca el cándido amor.
á quien legas el dolor
de esta vida transitoria?
FAD. Ah! que has hecho, desdichado.
¿Quieres me miren marchar
á dónde debo espirar,
con el rostro acongojado?
Quieres digan, que el valor
jamás se abrigó en mi pecho,
y rian de mi despecho
y me acusen con furor?
Por qué me la has recordado
cuando olvidarla queria?
Cuanto aflige el alma mia
ese recuerdo adorado!
Prenda de mi corazon,
no me amedrenta la muerte,
pero me causa el perderte
honda desesperacion.
Tu auxilio, Enrique, reclamo,
déjame á mi perecer,
mas dignate socorrer
al ángel que tanto amo;
y si de ese rey fatal
no libertas su inocencia,
te ruego que su existencia
corte tu mismo puñal.
ENR. No, Fadrique, antes que herir
y sus venas desgarrar,
tengo un medio que endulzar
pueda su triste existir.
Yo cuando oi relatar
en el palacio su historia,
otra trage á mi memoria
cual la suya, singular.
Y por si la analogia
era justa y no infundada,
hice que tu misma amada
venciese la duda mia,
y un pliego que me entregó
que esplica su nacimiento,
llenándome de contento
á ella mi existencia unió;
y primero que dejar
que la inmolase el tirano,
yo te juro que inhumano
hiciera su aliento abogar.
Pero no, no será asi;
con lo que saber logré,
está salva, y por mi fé
tambien te salvaré á ti;
que si lo que está trazado
no se puede realizar,
aun te podrás escapar...
FAD. Escapar? Qué has pronunciado?
Yo huir, la muerte evitar
con una inicua bajeza?
No me ofrezcas tal vileza,
que no la puedo aceptar.
Tarde ó temprano á su ardor.
preso otra vez me veria,
y entonces no moriria
cual hoy será, con mi honor.
ENR. Tienes razon, pero jura
mis intentos no estorbar,
y pronto haré terminar,
dulce hermano, tu amargura.

ESCENA III.

Los mismos, DON ALONSO.

ALON. Todo, señor, se ha perdido.
ENR. Que escucho!
ALON. Sabiendo el rey
que intenta postrar su ley
todo su reino aguerrido

por libertar á Fadrique,
el suplicio ha adelantado.
ENR. Todo mi plan se ha frustrado.
FAD. Déjame morir, Enrique.
ENR. Dejarte morir, oh no!
avisemos sin demora...
ALON. Solo nos queda una hora.
ENR. Sabré aprovecharla yo. (*vanse los dos.*)

ESCENA IV.

FADRIQUE.

Destino injusto, terrible,
no me cesas de acosar,
y en vano intento luchar
con tu fuerza irresistible.
Dios de la suprema altura
á quien rinden oblacion,
rey de la eterna region,
émula de la luz pura.
Tú miras mi desventura,
y pues que tan triste suerte
solo pude merecerte,
aplaca ya tu rigor,
y trátame con amor
cuando me espera la muerte.
Blanca, joven candorosa,
yo te adoro con delirio,
aunque sé que es mi martirio
esta pasion ardorosa.
Tu faz tan pura y donosa
hace que imposible verte
sea, y dejar de quererte;
yo te vi, y mi corazon
no resistió á una pasion
que durará hasta mi muerte
Qué digo? Mas durará:
nunca se podrá estinguir,
aunque acabe mi existir,
que el alma te adorará.
Desde el cielo te verá
siempre ansiando socorrerte
si te aflige infausta suerte,
y le pedirá al Señor
que te acoja con amor
cuando te mande la muerte.
Sé que será tu desvelo
si muero, morir tambien,
por lograr el alto bien
de encontrarnos en el cielo.
Tambien es ese mi anhelo,
porque si consigo verte
do solo podrán quererte,
donde reina la inocencia,
disfrutaré una existencia
que se burla de la muerte.
Cuan bello el cielo será
para dos puros amantes,
y cuán dichosos instantes
de ventura nos dará
El Dios santo me verá
gozoso en tal dulce suerte,
á mi lado siempre verte
y tu aliento respirar...
para poderlo alcanzar
bello camino es la muerte!

ESCENA V.

FADRIQUE, DON ALONSO.

ALON. Pobre jóven! Vá á morir
en la flor de su existencia,
sin que se pueda empedir...
FAD. Quien? Ah, vos; para sufrir
venis hora á mi presencia?
ALON. Para prestaros valor
he venido únicamente,
para deciros, señor,
que de la morisca gente
os mostreis el vencedor.
Que vean sabeis marchar
al cadalso, valeroso
vuestra vida á terminar,
y de pavor deshonroso
nunca os puedan acusar.
Y que en fin, si contra ley
hoy os mandan sucumbir,
á esa miserable grey
mostrar sepais, y á su rey,
que despreciais el morir,
ascendiendo al vil tablado
trono del fiero verdugo
con semblante denodado,
valeroso bajo el yugo
y ante la muerte esforzado.
FAD. Ah, si! me verán, lo fio,
sufrir con resignacion
el rigor del sino mio
y aun oirán mi maldicion,
contra ese monarca impio.
Mas dejadme aqui llorar,
aqui que nadie me vé,
podré en vuestro seno dar
libre espacio á mi pesar
que tanto disimulé.
Dejadme que de mi estrella
me queje con frenesi,
que blasfeme airado de ella,
dejar tan pronto, ay de mi!
una existencia tan bella.
Las caricias de una amada
dejar y un hermoso eden,
antes que en su casta sien
el velo de desposada
coloque el genio del bien,
y no poder demostrar
la pena que el alma oprime,
y los suspiros ahogar,
cuando el leal corazon gime
á impulsos de su pesar;
es un martirio cruento,
mas con esfuerzo aparente,
yo mostraré en tal momento
lo cruel de mi sentimiento,
sin dejar de ser valiente! (*pausa.*)

ESCENA VI.

Los mismos, el VERDUGO, *cuatro maceros del rey con sus mazas, y seis jueces que van saliendo despacio al son lúgubre de una campana lejana.*

FAD. Escuchais, don Alonso, esa campana
que lanza hácia el espacio su clamor,
pues es la voz de mi agonia insana
que revela que la hora se acercó. (*se arrodilla.*)
Oh Dios clemente, cuya ciencia sábia

el mundo rige con piedad y amor,
Dios bondadoso en quien jamás hallaron
la soberbia ó el crimen compasion;
Ser supremo y angélico que humilde
apuraste la copa del dolor,
en tu faz ostentando con orgullo
la marca de una leal resignacion;
juez bondadoso á quien está sugeto
cuanto tiene en el mundo su mansion,
y que juzgas al malo imparcialmente
otorgándole al justo tu favor;
mira á esto triste, á perecer dispuesto,
sin un crimen que doble su afliccion,
y desde el trono donde eterno moras
dirige una mirada á su interior;
vé su amargura y su penar horrible,
mitigue su dolor tu compasion,
y premia la esperanza que le anima
al ir á perecer, solo en su Dios! (*se levanta.*)
Dejad que en vos me apoye; conducidme,
no tengo fuerzas.

ALON. Descansad en mi.

FAD. Marchemos al instante.

VED. Bien, seguidme.

FAD. Llegó la hora fatal. Triste de mi!

ESCENA VII.

Los mismos, BLANCA.

BLAN. Dónde vas?

FAD. Cielo santo! Blanca mia!

BLAN. Te llevan á morir, oh! que traicion!

FAD. Suplicale que abrevie mi agonia!

BLAN. Pues que nos den la muerte aqui á los dos.

FAD. Ah! sacadme de aqui!

BLAN. No, no te dejo!

FAD. Mas aumentas con eso mi dolor!

ALON. Reflexionad.

BLAN. No, no!

ALON. Ved...

VERD. (*interponiéndose.*) Vamos pronto.

BLAN. Ah, que horror! (*cayendo desmayada.*)

FAD. (*se lo llevan.*) Para siempre á Dios, á Dios!!

ESCENA VIII.

DOÑA BLANCA, DON PEDRO, GUTIERRE.

GUT. Ya marchó.

PED. Está muy bien.

GUT. Cruzar el patio
del alcázar vereislo muy en breve
desde aqueste balcon.

PED. Id sin tardanza,
y en cuanto salga, las entradas todas
del palacio cerrad; dadme las llaves,
y corred la ciudad con mis soldados
por si es que intentan sublevarse osados.
A la menor señal de un alboroto...

GUT. Está muy bien, señor. (*vase.*)

PED. Pueblo altanero,
humillate á mis pies, al ver que el ídolo
que osasteis elevar, hago pedazos
para ejemplo de viles y traidores,
burlándome á la par de tus furores.
Una muger aqui. Blanca, que miro,
postrada; sin razon la dejé verle
porque sufriera mas.

BLAN. (*volviendo en si.*) Dónde me encuentro?

PED. En mis brazos, hermosa.

BLAN. Y mi Fadrique?
No viene ya esta noche á visitarme?
Las nueve son, es cierto, pero ansiosa
quisiera ya abrazarle. Nuña, pronto,
ponte en acecho, si?

PED. Delira, cielos!

BLAN. Ha sonado la seña; bien decia
mi pecho que faltarme no debia.
Abrele luego, al punto. Ya se acerca,
sus pisadas resuenan, ya le miro...
Ah! quien entró no es él! Es el tirano
opresor de Castilla; mi amor pides
y no lo puedo dar, tiene otro dueño!
Mi amante luchará por libertarme.
Mirale, aqui está ya. Con alma osada
viene á lidiar por mi; por su adorada.
Le aprisionas, traidor! Déjame, vete,
no te quiero seguir, suelta mi mano:
me obligas á elegir? Mi honor primero,
porque á todo, verdugo, lo prefiero.
Su muerte! ah! Por piedad! Miro el cadalso,
él se aproxima á él; sube sus gradas,
inclina su cabeza, la cuchilla
ha cortado su cuello, cuanta sangre
de aquella herida brota!.. Infausta suerte;
con él quiero morir! Si, si, la muerte!
(*cae de rodillas.*)

PED. Si devolverla la razon pudiera ..
Venid, Blanca, venid; mirad, no es sueño
lo que diciendo estais; ved á Fadrique
que llevan al cadalso.
(*se oye dentro un atambor destemplado.*)

BLAN. Horrible idea
es la que me persigue.

REY. Ved, ya el patio
cruza al doblar del atambor horrible.
No lo veis? No lo veis?

BLAN. Es imposible!
Me quereis engañar: morir mi amante?
Yo no le dejaré, no; de mi lado
jamás se ha de apartar, deja te abrace;
salvarte del cadalso á mi me toca;
contempla su furor porque no pueden
arrastrarte á morir, já, já!
(*vuelve á caer abismada sobre un sillon.*)

PED. Está loca!

VOCES. (*dentro.*) Que viva don Fadrique.

PED. Qué he escuchado!

VOCES. Muera don Pedro, muera.

PED. El pueblo imbécil
se aproxima al alcázar á librarle,
pero aun existo yo para aterrarle.
Veremos si resiste.

ESCENA IX.

DON PEDRO, DON ENRIQUE *con la espada en la mano y que le atuja el paso.*

ENR. Atrás, don Pedro!

PED. El bastardo, traicion!

ENR. Vas á la muerte
si sales, tén el paso!

PED. Tú, cobarde,
tú vas á perecer.

ENR. Oh! no es posible!
Contempla todo el pueblo amotinado!
Ya se salvó Fadrique!

PED. Del suplicio,
pero no de morir. Oh! Ya esperaba

este alzamiento, si; no me sorprende,
y por eso ordené que donde quiera
que se hallára Fadrique, al revelarse
el insensato pueblo,
para mostrarles quien es el mas fuerte,
mis maceros alli le dieran muerte!

ENR. Maldicion sobre ti!

ESCENA X.

Los mismos, GUTIERRE.

GUT. Señor, al punto
evitad los furores que os amagan.

PED. Y Fadrique?

GUT. Murió. Ved en el patio
su cuerpo ensangrentado. Al ver la alarma
que causó su presencia, de un soldado
dividió su cabeza la atroz maza.

PED. Y al vez su sangre, de terror pasmados
tiemblan el combatir?

GUT. Torpe esperanza!
Pasada la sorpresa de su muerte,
brotan do quiera combatientes y armas,
y el que de vuestra guardia no perece
es porque infame el combatir rechaza
y se pasa á su bando. Los franceses
abanzan vencedores por España,
y en Castilla no existe un solo acero
que no aclame al bastardo con audacia;
todo se vé perdido. Marchad pronto,
sino, vais á morir.

ENR. Justicia santa!!
Aléjate, malvado.

PED. No ambicionas
vengarte, Enrique, en mi?

ENR. Lo consumára
sino temiera con tu sangre impura
manchar mis manos. Mas mejor venganza
en ti puedo lograr; tú me has pribado
de mi hermano infeliz, que la esperanza
era de todo un reino; pues escucha.
Un amor se alimenta en tus entrañas,
estraño para ti... de una hija tierna
las caricias gozar, necio, anhelabas,
y fuera para ti en aqueste dia
alto bien que tus penas endulzára.
Yo te la puedo dar.

PED. Que escucho, cielos!
Hazlo al punto, y me alejo de la España
sin pena ni rencor.

ENR. Tómala, infame;
en tu presencia está.

PED. Quién? Mi hija, Blanca!

ENR. Toma las pruebas, toma. De mi madre
son esos pergaminos, y declaran
que la guardó de niña en el convento,
de donde la sacaste con infamia,
que la dieron el nombre de su madre,
tu nombre revelándole y la infamia
que con ella empleaste; hombre execrable,
mira el poder de Dios!

PED. Bien me lo daba
mi triste corazon. Blanca, hija mia!

BLAN. Dejadme reposar. Sois vos quién llama?
Qué me quereis?

PED. Decir que soy tu padre,
que te pido perdon.

BLAN. Noticia estraña!
Vos mi padre? Ja! ja! no, su asesino,
como el mio tambien! Sois quien nos mata!

PED. Maldicion sobre mi!

VOCES. Muera don Pedro.
Que viva don Enrique.

PED. No me espanta
vuestras voces, venid!

ENR. Huye, malvado!
Vive para sufrir.

GUT. Huid sin tardanza!

PED. Me otorgas la existencia. Bien, me alejo;
no has vencido del todo. Ay de la España!
(*vase por la puerta secreta, y derecha Gutierre.*)

ESCENA ULTIMA.

DON ENRIQUE, BLANCA, DON ALONSO, *nobles y pueblo.*

ALON. En donde el rey está?

ENR. Del reino ha huido,
y mas no sufrireis su fiera rabia.

ALON. Vuestro es el trono entonces.

ENR. Yo lo acepto
para partirlo con mi dulce hermana.
Ved aqui vuestra reina, castellanos!

ALON. Que vivan don Enrique y doña Blanca.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Aprobada en sesion del 21 de mayo de 1850.—*Baltasar Anduaga* y *Espinosa*.=Es copia del original censurado.

Madrid, 1850.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba, núm 13.